

# CAMINOS NUEVOS

Por EDUARDO MAULEÓN

*Carta a Arantza, la que en las noches pirenaicas de Belagua, supo llevar a los acampadores la música bella de su acordeón.*

Esto que voy a contarte, pequeña, me ha ocurrido a mí un sin fin de veces. Y lo mismo que a mí a todos los que han sabido salir con asiduidad a la montaña. Sin ir más lejos me ocurrió algo parecido hace tan sólo unas pocas semanas. Pero eso te lo contaré en mi próxima. Con esto quiero decirte que la veteranía suele también tener un tremendo fallo, cual es el de confiar en demasía en su saber, en su experiencia, en su instinto. Y así suele resultar que a veces lo que le salva es su enorme resistencia adquirida a fuerza de subir y bajar montañas y de caminar por sendas y por atajos y por bosques impenetrables.

Imagínate este cuadro Arantza:

Ahí va un grupo de montañeros bastante numeroso, por cierto. Caminan en silencio por una senda que se filtra entre helechos mojados por la lluvia de la noche anterior. La senda asciende y desciende y juega a hacer zigzags hasta encerrar a los montañeros en una barrancada cubierta de espeso arbolado.

El grupo se para y delibera. Por allí no hay nada que hacer. Dicen adiós a la juguetona senda y comienzan a ganar altura siguiendo a media ladera de la montaña. Una vez en el collado que se ve más a la derecha, la orientación resultará más sencilla. Ya están todos agrupados en el collado. Al otro lado hay un monte repleto de arbolado. Y a la derecha sucede lo mismo, e idénticamente igual en cualquiera de los lados que miren. ¿Quién dice que ya no hay bosques?

El monte que estos muchachos quieren visitar ronda por aquellos contornos, pero ninguno sabe hacia qué parte. Les han dicho que la cumbre es pelada. Allí no se ve ninguna con esa ostentación de calvicie. Unos dicen que tiene que estar detrás del monte de la izquierda, aquel que tiene revueltos pinos y hayas. Otros opinan que son unos bárbaros y que es imposible que esté en aquella dirección. El resto cree que lo más prudente y sensato sería volverse y dejarlo para otro día. Es la consecuencia de ir mucha gente junta.

En el collado hay una langa y de ella parte una senda descarnada que baja hacia un barranco. Pero también existe una senda que marcha paralela a una alambrada. La discusión se alarga y el tiempo se acorta. Unos cuantos cruzan la

puerta de hierro y se lanzan camino abajo. Los demás deciden seguir la senda de la alambrada. Ya tenemos a dos grupos buscando rutas nuevas. La alambrada asciende entre rocas musgosas y troncos podridos y se acaba cuando menos podrían esperarlo. A la senda le ocurre lo propio. Nueva discusión. Medio grupo dice que lo más conveniente para todos es lanzarse monte abajo cruzando el bosque. Siempre suele haber senda de carboneros...

El otro medio es partidario de no perder altura. Porque ahora no se trata de buscar el monte previsto la víspera, sino de salir cuanto antes de aquel lío de bosques y barrancos y hallar el pueblo del que han salido a la mañana. Son ahora tres grupos los que andan, si no hollando caminos si creando otros nuevos, aunque naturalmente, contra su voluntad.

Los que acostumbran a tomar nota en una libreta de los caminos que pisan para después citarlos a los que les sigan, hace ya mucho rato que han desistido de tan loable propósito. ¿Quién entendería el itinerario a seguir si el que lo escribe ha subido y ha bajado tanto y ha vuelto a pasar y repasar una misma senda un sin fin de veces?

En el fondo del barranco hay un arroyo. Lo probable es que esa agua vaya a un río y ya se sabe que a las orillas de los ríos se fundaron los pueblos. Siguen la corriente que les lleva, entre un laberinto de rocas musgosas, a otro arroyo de mayor cauce. Eso ya es otra cosa.

A medida que avanzan ensanchan las aguas sus orillas y pasan debajo de un puente de troncos poco después. Junto a este puente hay un camino ancho y polvoriento.

En el pueblo hay ya un grupo de montañeros. Les dicen que llevan cerca de dos horas esperando, aunque es casi seguro que no llegue a un cuarto de hora la espera. Después llegará otro jadeante pelotón.

Estos últimos dicen que no saben lo que se han perdido por no ir con ellos. Han ido todo el tiempo por un camino precioso. Los otros responden en dánticos términos. Todos tienen un nuevo camino descubierto. Aunque ninguno de ellos será capaz, jamás, de ir y de volver por el mismo sitio.